

*DISCURSO de recepcion de DON MIGUEL LUIS AMUNATEGUI pronunciado en la Facultad de Filosofia i Humanidades de la Universidad de Chile.*

Señores:

Vengo a espresaros mi reconocimiento por el insigne honor que me habeis conferido, con esa cortedad i confusion que naturalmente debe experimentar un discipulo, cuando se ve llamado por sus maestros a ocupar un asiento a su lado; i aunque mi gratitud es profunda, como espero manifestarlo por las obras, a penas si me atrevo a daros las gracias por vuestros favores, pues me siento tan indigno, que quisiera en esta ocasion gastar las ménos palabras posibles en hablar de mí, aun cuando sea para cumplir con obligacion tan sagrada. Lo que digo no es un lugar comun de retórica, sino el convencimiento sincero de quien no encuentra haber hecho nada todavía, que pueda merecerle la distincion que le habeis concedido.

La satisfaccion que me causa vuestra eleccion, se menoscaba, sin embargo, algun tanto, cuando advierto que la debo a la muerte de un hombre de quien fui subalterno, que me trató con particular bondad, i a quien el agradecimiento me habia hecho amar. Pero por grande que sea mi afecto a don Miguel de la Barra, uno de los fundadores de la Universidad de Chile, i el primero que tuvo la honra de presidir la Facultad de Filosofia i Humanidades; no es mi ánimo venir a hacer un panegirico obligado de su vida, ni el elogio oficial de sus virtudes. Entiendo que la verdad en esta materia, como en cualquiera otra, es un deber que me impone vuestro carácter, un derecho que nunca abdicaré i el mejor homenaje que pueda tributarse a su memoria.

Enebrando epitetos pindáricos i exajeraciones pomposas, es fácil acomodar un retrato de fantasia, admirable, portentoso quizá; pero no será por cierto el de la persona cuya indole, ideas i acciones era necesario trazar tales como se habian desarrollado en el curso de su existencia. Me parece que si los muertos ilustres pudieran ser consultados a este respecto, nunca consentirian en que se les prestasen pensamientos diferentes de los que albergaron en su cerebro, ni sentimientos distintos de los que hicieron latir su corazon. Cada individuo se forma un bello ideal que procura realizar, i atribuirle otro que el suyo por asemejarlo al nuestro, equivale mas bien que a una alabanza, a un insulto, a una critica disfrazada, pero severa de su conducta. Cuando un padre lega a sus hijos una copia de sus facciones, se empeña porque el artista las imite en el lienzo con exactitud, sin mejorarlas ni afearlas; lo que quiere dejarles, no es un portento de pintura, sino una imájen fiel que avive sus recuerdos. Creo que con la misma intencion se exige de los nuevos miembros al incorporarse en este docto cuerpo, un resumen i una apreciacion de sus antecesores. En estos retratos morales, el principal mérito es como en los otros, la semejanza.

No me lisonjeo de triunfar en mi propósito al trazaros el del señor Barra; pero voi a intentarlos por obedecer a vuestros estatutos. Durante tres años le vi casi todos los días, conversé frecuentemente con él sobre su juventud, sobre sus estudios, sobre sus viajes, sobre sus planes. Si no he llegado a comprender con claridad todos los elementos que constituían su personalidad, mia es la culpa, porque no era uno de esos hombres concentrados, que envuelven con los velos de la reserva todo lo que les pertenece, i que no confían el secreto de sus ideas i de sus antecedentes, sino por una rara casualidad en un momento de abandono. Al contrario, era expansivo, nunca manifestaba repugnancia en hablar de los accidentes de su vida; i gustaba en extremo que se le interrogase acerca de sus opiniones i proyectos.

D. Miguel de la Barra nació, cuando Chile era todavía una colonia insignificante del vasto imperio de los monarcas de Castilla. Sus primeros años trascurrieron en medio de los azares de la guerra de la independencia. Las vicisitudes de la lucha, las persecuciones de que fué víctima su padre, caballero respetable que había abrazado con calor la causa de la emancipacion, interrumpieron diversas veces sus estudios, i le impidieron posesionarse de lo que con el nombre de ciencia se enseñaba entónces. Pero si las circunstancias no le permitieron hacerse eximio en el conocimiento de la Instituta o de las Sumulas de Santo Tomas, su gusto por la lectura i los consejos de don Juan Egaña, aquel de sus maestros de quien siempre se mostró gran admirador, le hicieron aficionarse a los estudios propiamente literarios, que en aquella época se miraban con sumo desden. A falta de profesor, buscó en los pocos libros sobre la materia que se le presentaban la especie de lecciones a que se sentia inclinado, i halló solaz i provecho en los clásicos latinos i en los escritores españoles de los siglos XVI i XVII. Como una consecuencia necesaria de esta propension de su espíritu, se empeñó desde temprano por poseer el frances que debia darle la llave de una tan rica literatura, i descubrió para su aprendizaje, como despues para el de todos los idiomas vivos una aptitud especial. El señor Barra fué uno de los tres primeros chilenos que supieron hablar el frances.

Empleado despues por el Gobierno de su patria con distintos títulos en varias comisiones diplomáticas, adquirió en los viajes ese despejo de intelijencia, esa variedad de conocimientos jenerales sino profundos que se sacan de la vista del mundo, de la comparacion de las costumbres, de la contemplacion de los monumentos, del trato con los hombres distinguidos. El carácter de encargado de negocios cerca de las dos principales cortes de Europa, la Inglaterra i la Francia, con que estuvo condecorado durante algunos años, le facilitó el acceso a muchos personajes eminentes por su saber o por su posicion social. Fué de esta manera como frecuentó entre otros el salon de M. Destut de Tracy, ese filósofo que podríamos llamar el último de los enciclopedistas. Cultivando semejante relacion, el señor Barra resistió imperturbable los ataques del sensualismo, no sintió menoscabarse en un ápice la fé relijiosa de sus mayores; pero se libertó de todos los resabios de intolerancia i supersticion que le habia infundido su educacion colonial. Fué allí sin duda donde contrajo el hábito de esa benevolencia de buen tono, de esa induljencia por las opiniones ajenas que hacia tan amable su sociedad, epurandola de toda rudeza, de toda acrimonia. Es difícil que una persona que tiene gusto por la ciencia, se acerque a los sabios impunemente, i sin que se asimile una parte de sus ideas. El jenio cuenta entre sus privilejios el de ejercer una influencia saludable sobre todas las intelijencias que se ponen en contacto con él. Nada tiene, pues, de asombroso, que el señor Barra, que escuchaba con devocion a los hombres eminentes de la Francia o de la Inglaterra, perfeccionase i multiplicase los rudimentos a que el atraso literario de su patria le habia forzado a reducirse; pero como la gravedad de sus ocupaciones le impedía dedicar al estudio el tiempo i la meditacion que habria deseado, tuvo que contentarse con adquirir nociones jenerales, sin

llegar nunca a poseer con especialidad ninguna materia. Los frutos correspondieron a este sistema de aprendizaje rápido, hecho en las horas de descanso, con que el joven diplomático reemplazaba los ocios i entretenimientos a que muchos otros se habrían entregado con preferencia. El señor Barra no escribió nunca un libro, no habría quizá podido escribirlo, pero en cambio su conversacion era instructiva, amena, divertida, se hacia oír sin fastidiar, i nunca dejaba de estimular en sus oyentes amor de los estudios serios i detenidos que él tan a su pesar no habia podido emprender. Para decirlo todo de una vez, no era ni un sabio, ni un literato en la significacion genuina de la palabra, ni un artista; pero tenia el mérito poco comun entre sus contemporáneos, de creer en la ciencia, de admirar las obras de la imaginacion, i de ser en extremo aficionado a las del arte. Hizo grandes esfuerzos para fomentar su cultivo entre nosotros, sea contribuyendo a la planteacion de establecimientos destinados a propagarlas; sea alentando con sus consejos i proteccion a los jóvenes en quienes descubria inclinaciones artisticas o los destellos del fuego sagrado. A los hombres de su época no podia exijírseles razonablemente otra cosa; i trabajando el señor Barra con entusiasmo i abnegacion en esa noble tarea, se ha hecho acreedor a que su memoria sea respetada por los que aman la ciencia.

Mas su empeño por la difucion de las luces, no es el único titulo que ni ilustre predecesor pudiera hacer valer para la gratitud de sus conciudadanos. Su alma eminentemente cristiana simpatizaba con todos los sufrimientos de sus semejantes, se condolia de todos los males que aflijen a las clases pobres; i no limitándose a un esteril sentimiento, procuraba en cuanto de él dependia aliviarles sus desgracias i mejorar su condicion. Si el señor Barra no fué un verdadero literato, fué lo que vale mas un verdadero filántropo. Moralizar al pueblo por la educacion, enseñarle a hacer frente a la miseria por el trabajo, curar sus dolencias por la caridad era el blanco de sus aspiraciones, la santa obra a que consagraba sus desvelos. En su prosecucion desplegó tanto buen sentido, como amor por la humanidad. Mirando los esfuerzos individuales aislados, como puros paliativos, solo confiaba para estirpar la pobreza en las instituciones estables, basadas sobre sólidos cimientos i cuya duracion estuviera garantida por la asociacion ó por el patronato de la autoridad. Por eso nunca cesó de promover el fomento de las ya plantadas o la fundacion de otras nuevas, sea recurriendo al apoyo del Gobierno, o bien apelando a los socorros jenerosos de la jente acomodada. Para el cumplimiento de esta mision, no habia tropiezo que le desanimara ni sinsabor que no estuviera dispuesto a arrostrar. Cuando se trataba del alivio del pobre, los obstáculos que habrían desalentado a otros, no hacian sobre él mas impresion que la de animarle a perseverar con mayor constancia. Así casi no hai establecimiento destinado a la beneficencia o a la mejora del pueblo, en donde no se encuentre el nombre del señor Barra como uno de sus fundadores, como uno de sus directores o como uno de sus favorecedores. La Escuela Normal de institutores primarios le mereció tan solícitos cuidados como los que un padre habria prodigado a una hija. El Asilo del Salvador le debe su plantacion; el ensayo de esposicion para los productos de las artes i de la industria que se celebra en las festividades del 18 de setiembre, su activa cooperacion; la escuela de música i canto, sino su creacion, al ménos el allanamiento de muchas de las dificultades que se levantaban contra ella. Esta honrosa tarea ha ocupado su vida entera. Cuando la muerte ha venido a arrebatarle, estaba pensando en los medios de realizar dos proyectos del mismo jénero, cuyo aplazamiento es un desdoro para nuestra civilizacion. Consistia el uno en la reforma de la casa de espósitos i su conversion en una sala de asilo, para que la República se mostrara con esos niños desgraciados colocados bajo su tutela como una madre tierna, i no como una nodriza descuidada que los abandona a la muerte o a la corrupcion. El otro se referia a la abolicion de los trabajos públicos a que se acostumbra conde-

nar entre nosotros a los culpables de delitos no graves, de faltas ligeras talvez, marcándolos en la frente con el sello de la infamia, i educándolos para el crimen por la pérdida de su dignidad. ¡Quiera el cielo que no falten quienes admitan la herencia de esos filantrópicos pensamientos, i desplieguen para ponerlos en práctica el mismo ardor que hasta sus últimos dias manifestó el señor Barra por todo lo que propendia al adelanto i alivio de las clases bajas i desvalidas!

Los hombres de la especie de aquel cuyo retrato os acabo de hosquejar lo mejor que he podido, han prestado un servicio eminente a la literatura americana, sino con sus obras, al ménos con su afición a las letras. Cuando principiaron su carrera, en las colonias españolas no solo no se escribía, pero ni aun se leía. Los libros eran escasos, pero los lectores lo eran mas todavía. Las pocas bibliotecas que existían constaban casi esclusivamente de esposiciones de derecho civil o canónico, redactadas con ese latin descarnado i convencional de los comentadores. Uno que otro doctor consultaba aquellos pergaminos; i el vulgo doblaba la frente ante su erudición, que admiraba tanto mas, cuanto que la conocia de solo oídas, i cuanto que era ménos capaz de apreciarla.

Bien sé que de cuando en cuando aparecen en ese desierto literario de tres siglos algunos ingenios privilegiados; mas son excepciones que únicamente sirven para hacer resaltar su aislamiento. No ignoro tampoco que en estos últimos tiempos no han faltado anticuarios que por espíritu piradojal, registrando en los rincones de las bibliotecas o escudriñando las páginas medio apollilladas de viejos volúmenes, han desenterrado nombres, fechas, títulos de obras, i pretendido reconstruir con esa especie de restos fosiles una literatura colonial. ¿Pero escritores de qué casta eran esos, que no han dejado un solo recuerdo, i cuyos nombres habrían quedado sepultados para siempre bajo el polvo, si no hubiera habido eruditos que por pasión de lo antiguo se han tomado la molestia de descifrarlos? ¿Qué idea, qué descubrimiento contienen esas páginas carcomidas? Aun cuando se respondiera satisfactoriamente a estas objeciones, cosa que no se hará, nunca llegaría a probarse con eso que la mayoría de los colonos estimaba en algo las letras, que sabía leer siquiera; porque palpables son los hechos que desmentirían semejante aserto; porque mui a costa nuestra estamos experimentando todavía las fatales consecuencias de aquella impondrable ignorancia.

Mucho debemos, pues, a los aficionados que como el señor Barra, comenzaron por admirar las obras maestras de las literaturas europeas, por recrearse en su lectura, i que en seguida las popularizaran entre sus compatriotas. Si ellos produjeron poco o talvez nada, contribuyeron poderosamente a despertar la actividad de ingenios mas fecundos, dándoles a conocer, i poniendo a sus alcances, los libros con que debían inspirarse. Así creo que nadie les negará el título de nuestros primeros iniciadores literarios, ni repugnará que se les conceda un lugar en la historia de las letras americanas. Su cooperacion ha sido modesta, pero necesaria i provechosa. Los talentos, por productivos que sean, nada pueden crear, si carecen de modelos i si les falta el auditorio. Los individuos de que hablo, llenaron estas dos necesidades; propagaron los trabajos de los literatos del viejo mundo, i estuvieron prontos a aplaudir i animar a los escritores que se levantaban en el nuevo. Eso constituye a mi juicio el mérito que los hace acreedores a toda consideracion. Si no hubiera habido quien recomendase el estudio de las obras europeas, quien preconizase sus bellezas, quien manifestase entusiasmo por ellas, por cierto una sola no se habría publicado en la América. La experiencia de todos los siglos i de todos los países prueba que ninguna literatura ha nacido, sino bajo el patrocinio i a la sombra de otras mas adelantadas. Este hecho no tiene nada de extraordinario, porque el arte de escribir es un arte como cualquier otro. Así como el que desea ser pintor, está obligado a llevarse por largos años copiando servilmente los cuadros i estatuas ajenas; así el que aspira a ser escritor, por

disposiciones naturales de que esté dotado, necesita imitar no ménos servilmente, ántes de que le sea permitido érear a su vez. Lo que sucede con el individuo, sucede con los pueblos. La imitacion es la condicion de su desarrollo literario, la palanca que los mueve, el estímulo que hace fructificar su jenio. Antes de elaborar concepciones propias, ántes de revestir sus pensamientos con un estilo que les sea peculiar, comienzan por tomarles a las naciones que les sirven de maestros no solo las ideas, sino hasta las palabras. Desde luego solo extraen i traducen; en seguida plajian el fondo, pero no calcan la forma: piden prestado el pensamiento, pero no las espressiones. Llegados a este punto, con tal de que contengan algun jermen de vida, de simples copistas se convierten en fundadores de escuela. La imitacion desenvuelve i anima los elementos de orijinalidad que toda sociedad organizada entraña en si misma, i enjendra una literatura que se distingue por caractéres especiales de aquellas que han contribuido a su nacimiento.

El desarrollo de las letras en América confirma en gran parte esta opinion. Los escritos que aparecieron con la revolucion, no eran casi sin excepcion, sino versiones mas o ménos literales de los filósofos franceses. Las obras de aquella época recuerdan a cada linea a Rousseau, Raynal o Montesquieu, i manifiestan que los que las redactaron sabian a estos autores de memoria. Ni las doctrinas ni el lenguaje, ni nada les pertenecia; todo lo habian encontrado en los libros de los enciclopedistas, i todo lo habian tomado en ellos sin darse el trabajo de hacerle la mas pequeña variacion. Eran principiantes a quienes les faltaba ciencia i arrojo para apartarse un palmo de las huellas de los maestros. Pero los americanos, a fuerza de copiar por necesidad, se adiestraron en el arte de escribir, se asimilaron las ideas de los europeos, adquirieron confianza en si mismos i aliento para no ajustar la marcha a sus pisadas, aunque siguieran el camino que les trazaban, i de pobres plajiaros se elevaron al rango de discipulos. Buscaron siempre la inspiracion en el viejo continente; pero en vez de traducir lisa i llanamente, amplificaron i comentaron. Aunque el fondo de sus pensamientos no les fuese enteramente propio, no se satisficieron ya como ántes con zurrir unos con otros diversos trozos a que no les cambiaban ni aun las espressiones, sino que apoderándose de los principios, se empeñaron por sacar de ellos ciertas consecuencias i por aplicarlas a las circunstancias que los rodeaban. La idea primordial de sus escritos no se habia elaborado en sus cabezas, pero no era ya un plajio; la forma que les daban era un remedo de la de los libros que les venian de ultramar, pero no habria habido justicia en considerarla como un simple calco. En todas sus obras se sentian reminiscencias de lecturas; mas se veia muy a las claras que el autor habia puesto en ellas algo de suyo i que tenia derecho para llamarse su padre. Para decirlo todo de una vez, al periodo del plajio habia sucedido el de la imitacion.

El progreso es inmenso; pero queda por resolver la cuestion de si a estos dos periodos seguirá el de la orijinalidad. ¿La naturaleza de las cosas condena a los americanos a ser para siempre meros imitadores de los europeos? ¿Nuestro movimiento intelectual no será nunca mas que un pálido reflejo del movimiento intelectual del antiguo mundo? ¿O bien la América suministrará tambien su contingente a los progresos del espíritu humano? ¿Llegará un día en que haya una literatura propiamente americana, como hai una francesa o una inglesa? ¿Contaremos al fin para algo en el desarrollo literario? Problema es este que me parece de una alta importancia, porque de la solucion que se le dé en uno u otro sentido, dependerá necesariamente la direccion que se imprima entre nosotros al cultivo de la intelijencia i al desenvolvimiento del pensamiento; i aunque siempre es asiz aventurada la pretension de pronosticar el porvenir, sin embargo, en el caso presente, tengo para mí que no escasean los datos que serian precisos para despejar esta incognita.

Desde luego debo confesar con toda franqueza que la mayoría de los críticos que

han encarádo seriamente la cuestión, están por la negativa. Casi todos ellos han opinado que la América, mal que le pese, tendrá que imitar la literatura de la Europa, como imita sus modas, como adopta sus sistemas políticos i económicos. Dícen con mucha razon, para que un pueblo sea orijinal, no basta gritarle que lo sea. ¿Cómo podria seguir tal consejo, si obstáculos insuperables se lo prohibieran? Precisamente esta es, agregan, la situacion de los americanos. Ni su pasado ni su presente les permiten producir nada que sea orijinal, nada que no sea una copia servil.

En efecto ¿cuál es el pasado de la América? Tres siglos de esclavitud i veinte años gastados en la lucha contra la España. Ni una ni otra de estas dos épocas suministra antecedentes históricos, que una literatura pudiera explotar, como la escuela romántica ha explotado, por ejemplo, la edad media. Decir que el coloniaje no fué para los criollos mas que un sueño letárgico, es una metáfora que la repeticion ha gastado, pero que no por eso deja de ser muy verdadera. Aquello no era vida, sino inercia. Durante esa larga serie de años, este vasto continente no fué teatro de ninguno de esos acontecimientos que jamas se olvidan; ninguna idea grande hizo cavilar las inteligencias de sus habitantes: ninguna pasion fuerte ajitó sus almas. No hubo sino hechos domésticos, de esos que importan a una familia o a una ciudad; pero que son insignificantes para las jeneraciones futuras. El nacimiento de un heredero a un vecino acaudalado, la muerte de algun potentado muy conocido entre los suyos, la desgracia de un capitan jeneral o de un oidor, una competencia de frailes, alguna miserable sublevacion de indijenas, el desembarco de algun filibustero, no son ciertamente asuntos capaces de hacer nacer un poeta o un historiador. Materias como esas pueden dar orijen a una crónica de aldea, mas no inspirar una literatura. Efectivamente, los colonos no la tuvieron, ni pensaron tampoco en procurársela. Entorpecidos por la inaccion, embotadas sus potencias con la falta de uso, vivian con el día, sin sentir ninguna de las necesidades espirituales que experimenta el hombre civilizado. No tenian tradiciones de ninguna especie. ¿Qué podian contarles los padres a los hijos; cuando habian llevado la existencia mas monótona i perezosa que sea dado inventar? ¿Qué hechos podian referirles? Habian olvidado las proezas de sus mayores en Europa, e ignoraban la historia de los poseedores del suelo que habitaban. No habian conservado ni la herencia de recuerdos gloriosos que les habia legado la España, ni la memoria de esa magnífica epopeya que se llama la conquista de América. Los nombres de el Cid, de Pelayo, de Gonzalo de Córdova les eran casi tan desconocidos como los de Motezuma, Atahualpa o Cortes. Estaban a este respecto mas atrasados que una horda de salvajes, porque al fin estos tienen tradiciones i encuentran un reposo a sus fatigas en enseñarse unos a otros las peregrinaciones de su tribu, las hazañas de sus guerreros, los reverses que han soportado, los triunfos que han obtenido. Mas los criollos, inferiores en esto a los mismos bárbaros de los bosques o de las pampas, no tenian esa relijion del pasado, que es el estímulo de tantas bellas acciones i una fuente tan fecunda para las producciones del injenio. El coloniaje es, pues, un período histórico demasiado mezquino en acontecimientos, demasiado escaso de hombres, demasiado falto de vida en una palabra, para que pueda encerrar los jérmenes de una literatura cualquiera. Un jenio, por poderoso que sea, no alcanza como Dios a vivificar la nada. Recoje los elementos, los coordina, los anima, les da una forma, los pule como el lapidario que convierte una piedra tosca en un espléndido diamante; pero no los crea. Necesita que existan; descubrirlos solamente es sobrado difícil para que vaya a exijírsele que los improvise. Una época como aquella a que me refiero, donde no se ha elaborado ninguna idea, es para él como si no hubiera sido. El obrero no puede trabajar sin materiales, i si estos faltan, su habilidad es inútil.

La revolucion de la independencia es para las letras casi tan insignificante, como

el colofonaje misántro. Es una lucha gloriosa; en la cual no faltan los hechos heroicos, los sacrificios, los ejemplos de abnegación i aun de magnanimidad; pero es una guerra como tantas otras que han sostenido los pueblos oprimidos contra aquellos que los tiranizaban. No tiene nada de particular ni de exclusivamente suyo. Se compone de una serie de campañas que se parecen mas o menos a las campañas europeas, con la única diferencia de que aquí se hacia en pequeño lo que allá se hace en grande, de que aquí los ejércitos constaban frecuentemente de menos individuos que muertos se cuentan en las batallas de por allá. Por lo demas, i salvo la exiguidad de los medios, todo era idéntico desde el equipo del soldado hasta la táctica del jeneral. La guerra de América no tiene ninguna orijinalidad. Sus caudillos mas conspicuos se habian educado en Europa, disciplinaban sus tropas a la europea i combatian a la europea. No se asemeja a este respecto ni a la contienda de los árabes contra los franceses en la Arjelia, ni a la de los indios contra los ingleses en el Indóstan. No se divisa, pues, en ella principio alguno de donde pudiera nacer con el tiempo una literatura que se diferenciase de las literaturas del antiguo continente. Es un remedo de muchas otras revoluciones de independencia, i nada mas. Se concibe que los escritores españoles esploten con provecho la lucha de sus antepasadas con los árabes, que encuentren argumentos propios en las costumbres caballerescas de su nacion durante la edad media; porque los otros pueblos no han tenido que sostener una lucha semejante, porque los demas países no han producido costumbres análogas. Pero no se ocurre cómo los escritores americanos podrian descubrir entre los sucesos de su emancipacion asuntos que ofreciesen novedad, i que nunca hubieran sido tratados. Las ideas que causan la revolucion, tienen su foco allen de el océano; los medios que se ponen en práctica para realizarlas, son imitados de los que se emplearon con el mismo fin en Francia o en España. ¿De dónde podria entonces desenterrarse la orijinalidad?

Si esta no existe ni el colofonaje, que es una época sin espontaneidad i sin vida, ni en la guerra de la independencia, cuyo impulso no ha nacido de entre nosotros, sino que nos ha venido de otra parte, es manifesto que tampoco existe en el presente. Nuestra sociabilidad es un trasunto de la sociabilidad europea, que nos esforzamos por hacer lo mas exacto posible. Ni nuestra religion, ni nuestras instituciones, ni nuestra lengua, ni nuestras costumbres, ni nuestras preocupaciones son indijenas. Todo eso trae su orijen de ese mundo, que si no merece el título de viejo, porque la fecha de su creacion sea mas atrasada, lo merece por su mayor esperiencia, por sus mayores adelantos, por su mayor ciencia. Todo se lo hemos plajado desde los trajes hasta los sistemas que sirven de norma a nuestros gobiernos, hasta las utopias que propalan nuestros ideólogos. Nuestra vida no es una vida propia; vivimos con la vida de los europeos. Estudiamos los problemas que ellos proponen; admitimos las soluciones que les dan; esperamos las aji-taciones que ellos sufren; seguimos todos sus movimientos. Ciencias, artes, industria, nada es nuestro, todo es suyo. Esto es lójica, esto es fatal. Somos niños que apenas sabemos deletrear la cartilla de la civilizacion, mientras que ellos la han profundizado i la han experimentado. Nuestra existencia no data en realidad, sino de cincuenta años, de tres siglos, si quereis. ¿Cuántos siglos cuenta la suya? Mas esta es una explicacion que puede acallar las susceptibilidades del amor nacional; pero no destruir el hecho. Cualquiera que sea la razon, lo cierto es que en la actualidad no hacemos mas que imitar.

Los americanos no solo imitan ahora, sino que imitarán siempre, sobre todo en literatura, dicen los que nos niegan toda iniciativa. Cuando las luces hayan reemplazado el atraso intelectual que les impide escribir, por grandes que se supongan los progresos que las letras hayan hecho entre ellos, no sentirán siquiera la nece-

sidad de producir, porque la Europa les suministrará superabundantemente con que satisfacer todas sus exigencias. Siempre en América la librería matará la literatura. Los libros de ultramar son muy bien escritos i muy baratos para que la concurrencia pueda sostenerse. Desde que los autores no se proporcionen con su pluma medios de subsistencia, serán rarísimos los que solo por la gloria se condenen a la miseria.

Segun los que tal pretenden, esta opinion no es una mera conjetura. Los Estados-Unidos suministran un ejemplo que le presta el apoyo de la esperiencia. El porvenir de las repúblicas hispano-americanas, su porvenir remoto, será llegar a ser un día lo que es hoy la confederacion del Norte. Ahora bien, esa nacion poderosa, que se trata de igual a igual con las primeras potencias del orbe, no presenta un solo escritor que pueda competir ni aun con los muchos de segunda clase con que cuenta la Europa. Estas palabras no son mias, señores, son de los criticos cuyas ideas resumo. Sentado este principio, las consecuencias que salen de semejantes premisas, son fáciles de comprender. Si la América inglesa, apesar del prodijioso desarrollo de su civilizacion, es tan pobre de escritores, ¿cómo i cuándo las antiguas colonias españolas, que por su atraso son la antitesis de aquella, tendrán una literatura cualquiera, i mucho ménos una literatura orijinal? Escusado parece advertir que es negativa la respuesta que dan a esta cuestion.

He espuesto las razones de los que nos condenan a la impotencia intelectual con toda conciencia, i trabajando por no debilitar en un ápice su fuerza. No sé si alguno las encuentre convincentes; mas por lo que a mi respecta, no encierran la conclusion que de ellas se pretende deducir. Ciertamente seria muy poco razonable sostener que los antecedentes históricos de un pueblo no influyen sobre su literatura. No es posible desconocer que su vida anterior se refleja en los productos del ingenio; que a medida que ese pasado se diferencia mas del de los otros pueblos, la literatura tiene tambien un colorido mas local, un carácter mas peculiar; i que cuando ese pasado falta absolutamente, por eso mismo quedan los escritores privados de uno de los ricos veneros que les es dado explotar. Nadie negará tampoco que costumbres i creencias especiales imprimen a las obras del espíritu cierta fisonomía particular, que no permite confundirlas con otras. ¿Pero son esas las únicas fuentes de orijinalidad? ¿I la contemplacion de la naturaleza? ¿I el estudio del alma humana? ¿Se atreverá alguien a pretender que no lo sean? Si nuestra historia i nuestra sociabilidad actual no son favorables al desarrollo de las letras, no veo porque los autores americanos no habrian de sacar de esas otras dos fuentes los elementos que necesitasen. Tienen las mismas facultades, la misma intelijencia, los mismos medios de observacion que los europeos. La naturaleza que los rodea, se ofrece a su vista mas imponente i mas espléndida que en el viejo mundo. ¿Por qué no harian lo que otros han hecho? Esta sola consideracion me parece que destruye las principales objeciones que dejo apuntadas. Se nos niega la posibilidad de ser orijinales, porque nuestros antecedentes son nulos, porque nuestro presente es un plajio, como si el hombre no tuviera en América, lo mismo que en cualquiera otra parte, abierto delante de los ojos el libro de la creacion, como si en sus páginas no pudiera hallar, si bien mira, lo que no contienen sus anales en blanco.

Ademas, aun cuando supusiéramos por un momento, lo que creo haber demostrado ser completamente falso, que los americanos estuviesen precisados por las circunstancias a no tener otras ideas que las de los europeos, todavia seria una paradoja pretender que la falta de novedad será una cualidad esencial de sus obras. La orijinalidad de un escrito proviene a menudo del fondo mismo; pero muchas veces puede nacer de la forma. La misma materia se presta a ser encarada de mo-



dos muy diferentes. Sucede con los escritores, como con los pintores. El descendimiento del Cristo, por ejemplo, ha sido el asunto escogido para sus telas por mas de una docena de estos últimos, i casi todos lo han tratado a su manera. El mas prolijo exámen no revela en ellos ninguna imitacion. ¿Qué pintor de nota hai, que no haya consagrado a la Virgen uno de sus cuadros? ¿Y quién osaría decir que se han plajado unos a otros? Una nueva disposicion rejuvenece un argumento traqueado. Los episodios de la historia griega i romana han inspirado a Shakespeare, Racine i Voltaire, que son jefes de otras tantas escuelas literarias diferentes. Nada impediria, pues, que los americanos fuesen orijinales en la forma, aun trabajando sobre los mismos materiales que los europeos, i por consiguiente nada se opone a que su literatura merezca algun dia tomarse en cuenta.

La objecion que se saca de la competencia de los libros europeos, no tiene todo el alcance que se le pretende dar. Es innegable que perjudica a las producciones indijenas; pero es una exajeracion decir que las anula completamente. Aunque sigamos las creencias, aunque procuremos realizar los sistemas del viejo mundo, siempre es cierto que para aplicarlos a nuestra situacion, necesitamos modificarlos. La precision en que estamos de adaptar esas ideas a nuestras circunstancias, hace que las obras de ultramar no satisfagan enteramente nuestras necesidades; i fuerza a los americanos a enmendarlas para que no choquen con los hechos. La perfeccion que han alcanzado la poesia i el diarismo, prueban este aserto. Los españoles no se desdeñan de publicar al lado de las composiciones de sus propios vates, las de sus antiguos colonos, que acogen con aplauso. Basta comparar muchos de los periódicos que ven la luz en las repúblicas americanas con los mas famosos de Francia, Inglaterra i España, para cerciorarse de que el cotejo no les es desfavorable. A nadie se le ocultan las razones que han intervenido para que estos dos importantes ramos de literatura hayan sido los primeros en desarrollarse; pero el tiempo i los progresos de las luces harán que los otros los imiten.

El ejemplo de los Estados-Unidos, que tan a menudo se cita, es inconducente i no hace al caso. El avance de que esa nacion carece de literatura, es una de esas falsedades que la repeticion hace pasar en autoridad de cosa juzgada; pero que no sufren el mas ligero exámen. Si en la república anglo-americana la literatura no corre parejas con sus adelantos materiales, eso proviene no de la causa que se le atribuye, sino de otra muy diversa. Ese pueblo es un conjunto de elementos heterojéneos, es una amalgama de razas diversas, que la inmigracion arroja anualmente sobre sus costas; i nunca un pueblo llega a su completo desenvolvimiento literario, sino cuando ha alcanzado su unidad moral. Los Estados-Unidos no lo obtendrán, pues, hasta que hayan realizado en el mundo de las ideas esa misma divisa, por la cual han ligado en la poderosa confederacion del norte los treinta estados que la componen: *Ex pluribus unum*. Creo que bastan estas palabras para hacer ver cuan inexactamente se asimilan los americanos del norte con nosotros, que nos hallamos colocados en posicion tan diferente.

Pero si la comparacion es falsa, es tambien infundado el cargo que les dirijen de no tener literatura. Para desvanecerlo no tendré mas que recordar los nombres de algunos de sus literatos, cuyas obras han dado la vuelta al mundo. ¿Cómo pretender que es nula para las letras una nacion que puede responder con Franklin para las ciencias i la moral, con Emerson para la filosofia, con Irving i Prescott para la historia, con Cooper para la novela, con Ticknor para la critica? Dígase en hora buena que su progreso material no equivale a su progreso intelectual; que en ese pais se construyen mas máquinas que libros se imprimen; pero no se diga que no tiene un solo autor de nota, que no ha producido una sola obra de mérito.

Si lo que he dicho es verdadero, como me parece, creo que nada impide que los americanos compitan un día en las letras con los europeos, i que estas no tienen entre nosotros otro enemigo que la ignorancia. Propagúense las ciencias; fomentese el estudio de los libros de ultramar; i las producciones indijenas no se harán aguardar. El hombre, como las naciones, no se proporciona pan para su inteligencia, sino con el sudor de su rostro. No es ni nuestro pasado ni nuestro presente lo que pone trabas al desarrollo literario; es la nulidad de nuestros conocimientos. Cuando los americanos conozcan a fondo las literaturas del viejo continente, entónces les llegará el turno de crear a su vez. El exámen de los modelos despierta las facultades embotadas, estimula el talento i le impide permanecer en la inacción. Los que deseen que la literatura se aclimate entre nosotros, deben trabajar en este sentido. Mas de algun tiempo a esta parte se ha hecho de moda aparentar desden por las letras. Se predica porque los intereses materiales predominan sobre ellas, i lo absorvan todo, como si el hombre no tuviera mas que cuerpo. Se quiere hacer del vapor i de las máquinas el objeto esclusivo de la vida. Esta tendencia es una exajeracion paralela a la exajeracion espiritualista, que antes dominaba, i que no mutila al hombre ménos que la otra. La ciencia i la industria son las reinas del mundo. ¡Qué se lo dividan como buenas hermanas; pero que no se escluyan ni procuren destruirse mutuamente! Bien está que se cultiven las doradas espigas del trigo; pero no falta tierra para que pueda crecer a su lado el laurel con cuyas ramas se orlan las frentes de los poetas.

---

*OBSERVACIONES sobre el cólera presentadas a la Facultad de Medicina por DON TEODORO PIDERIT en la sesion del 20 de abril de 1851.*

Señores:

Hace algun tiempo, que se está esperando a las costas del Pacifico un huesped funesto el Cólera. Partiendo de su pais natal del Delta del Ganges, esta plaga hace la vuelta al rededor del mundo. El Océano Atlántico no le presentó obstáculo ninguno en sus migraciones, la Cordillera quizá no lo podrá tampoco, i atravesando el Océano pacifico, seguirá su curso hácia el Oeste, para alcanzar de nuevo el punto de su salida, el Delta del Ganges. Habiendo yo tenido últimamente la ocasion de observar esta enfermedad en Alemania, espero, que Udes. quizá escucharán con interes este bosquejo sobre el carácter de esta enfermedad, tal como lo desplegó en su última aparicion en Alemania. No trataré referirme a la literatura, demasiado rica, sobre este objeto; hablaré solamente de los hechos, que yo mismo he podido observar en la práctica de esta epidemia, i suplico por lo tanto, se sirvan Udes. dispensarme mucha induljencia.

*Sintomas de la invasion.* Jeneralmente aparecen sintomas, de los cuales participa toda la poblacion en mayor o menor grado, sintomas, que se pueden considerar como precursores de la aparicion verdadera del Cólera. Asi por ejemplo, se ha notado en los paises, en donde las fiebres intermitentes son endémicas, que estas se aumentaban notablemente. Todas las enfermedades se terminaban con un carácter notable de atonia, i muchas veces con un colapso considerable. En la mayor parte